

SABER DE
Chiapas
LITERATURA

Piel de bestia

Julio Alberto Pimentel Tort



UNIVERSIDAD DE CIENCIAS
Y ARTES DE CHIAPAS

S.ABER

Piel de bestia

Julio Pimentel Tort



UNIVERSIDAD DE CIENCIAS Y ARTES DE CHIAPAS

2014



Primera edición: 2014

D. R. ©2014. Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas

1ª Avenida Sur Poniente número 1460

C. P. 29000, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México.

www.unicach.mx

editorial@unicach.mx

ISBN:

Diseño de la colección: Noé Zenteno

Diseño de portada: Luis F. Morgan

Imagen de portada: Javier Orozco Palavicini

Impreso en México

SABER

Chiapas

Piel de bestia

Julio Pimentel Tort

SABER DE
Chiapas

UNICACH

Contenido

Habitantes del agua	13
Verde manatí	15
Cuños	16
Fortuna	17
Las huellas de la madre	19
Teselas	20
Hipocampo	21
Pez de piedra	22
Lágrimas del mar	23
Habitantes de la tierra	25
Perezoso	29
Mi piel	30
Dodo	31
Hormiga azucarada	32
La última raya del tigre	33
Veneno en la piel	36
Cordero	37
El Señor de la Noche	38
Paisaje de sombras	39
Dragón rojo	40
Habitantes del aire	41
Cristales de sal	43
Alas teñidas	44
Paramento de luces	45
Armadura	46
Horadación del cocotero	47
Polvo misántropo	48
Velador de sueños	49
Habitantes del sueño	51
Testimonio arqueológico	53
Guardián del arcoiris	54
Leviatán	55
Reconstrucción de un reptil millonario	56
El animal que sueñas	57
Razones por las que la piel de los unicornios es blanca	59

Por la inspiración de la lengua parsi, a un corazón ardiendo.

“¿Es posible describir la piel de las bestias? No hay respuesta a los acertijos de la esfinge, la cruel cantora, la que relata figuras y están representadas por mis palabras”.

Traducción anónima de un libro de conjuros en lengua parsi.

Habitantes del agua

Verde manatí

Entre azul y verde la hoja de papel se degrada en tonos Mar Caribe; se aprecia verde la cubierta que esconde al manatí bajo las aguas del estero. No hay que creer en la apariencia de aquel que se disfraza de sirena y merodea a los barcos de piratas. Es un bucanero gracioso que gusta de montar divertimentos en su teatrino de conchas construido entre algas.

Cada noche limpia su traje del color de la turquesa. En el día el Mar Caribe se tiñe con los reflejos de su espalda. La piel del manatí es un traje de arlequín desvencijado, polichinela del trópico que actúa de palmera, otras, sólo es una sombra, un engaño a la mirada.

En el lomo del manatí anidan duendes que visten trajes de escamas verde-azules. Si te asomas a su vientre podrás ver la cría que bebe la leche sin sentir el sabor de la sal.

Cuños

Escamas en la espalda. Escamas en el vientre.

En la áspera piel del cocodrilo está inscrita la historia de su vida. Cada una de sus escamas es registro de batallas olvidadas hace tiempo y de combates recientes que libró en las someras aguas del estero.

Tiene un lugar especial para victorias y otro oculto para las derrotas: en la espalda los triunfos son formas grandes y ostentosas; en el vientre las huidas furtivas se dibujan apenas con el color pálido de la vergüenza. El cocodrilo duerme la siesta en la playa arenosa del río y nunca expone su panza al sol.

Fortuna

I

Relegado a permanecer en las profundidades del mar, el pulpo no logró alcanzar el lugar que su inteligencia merece.

Ante las evidencias es fácil aceptar que mares, fosas, océanos, bahías, fiordos y ensenadas son una limitante para la vida civilizada. Los pobladores marinos no construyen nidos ni levantan murallas o conglomerados, no excavan madrigueras interminables ni túneles comunicantes y, por supuesto, son incapaces de llenar de luz artificial los espacios habitables; además hace tiempo que se olvidaron de seguir conquistando la tierra y el aire.

Esto se debe a la cualidad corrosiva de la sal marina, y a la limitada capacidad de pensar de casi todos sus habitantes. Sin embargo, entre los escondrijos del arrecife de coral, el pulpo señorea solitario con su intelecto inaplicable a las obras percederas y a la idea humana de la trascendencia: el pulpo no puede crear una pintura. Destinado a la disertación sin repuesta, trata de ocupar su raciocinio a través de las cualidades de su piel; por ella huele la presencia del enemigo, detecta el calor que genera la ubicación de su presa. Calcula la fuerza de las corrientes marinas y pronostica la llegada de los huracanes al espiar por encima de la superficie del mar la posición de las estrellas.

El pulpo ha liberado su piel de adornos superfluos: es lisa, sin escamas, sin vellos, sin armadura, el grisnegrocafé de su color no compite con la belleza del agua y del arrecife, y no se oculta... para eso están sus estrategias. Por si esto fuera poco, la piel del pulpo

es un círculo perfecto donde no es posible determinar principio y fin, como el milagro de su inteligencia.

II

El pulpo preferiría participar en un coloquio de defensa de la vida marina, tema en el que es un especialista de experiencia, antes de, por la amenaza detectada en su piel huir del enemigo, en medio de un acto performativo con abundante tinta negra.

El pulpo crea un juego de sombras entre la límpida y turquesa agua del arrecife.

Las huellas de la madre

No recuerdo si conocí a este animal en un programa científico de la televisión o lo vi en la colección de batracios que mi amigo Erich Hoffmann adquirió en un bazar escondido de El Cairo. Lo que sí recuerdo es su superficie verde húmeda, rugosa, marcada por cicatrices semejantes a cráteres de color rojo intenso, oscuro, de hierro oxidado.

Se trata de la hembra de una especie de sapo que carga sobre la piel de su lomo la gestación de los hijos. De algún modo, los huevecillos fertilizados por el macho se prenden en su espalda, y las formas aún no reconocibles empiezan a alimentarse de la sangre que fluye bajo la piel. La futura madre deja de moverse y recibe, resignada, cada una de las lanzas hambrientas de sus hijos, mientras una lluvia refresca su cuerpo, medio oculto en las hojas putrefactas que flotan en las lagunas y charcos de la selva tropical que habita.

Teselas

¿Quién puede cargar al universo sobre su lomo?

Son teselas hexagonales de piedra verde los cimientos de la vida en el nado y andar parsimoniosos de la tortuga, carey mohoso que invade los océanos en travesías perpetuas, ir y venir oscilando como badajo de campana, dorando la piel con los soles de todos los sitios, de todos los tiempos; campanas tañen al ritmo de la eclosión en permanente resurgimiento.

La tortuga tiene una piel eterna.

Hipocampo

De manera independiente al uso abusivo de su imagen en casi todos los cuentos infantiles, donde el mar es el ámbito de las acciones, lejos del estereotipo de las marisquerías y playas del mundo, suelo preguntarme en qué momento la piel del caballito de mar imitó a un exoesqueleto.

Quedan rastros de suavidad en cola prensil, el resto es dureza de armadura, insuficiente para impedir que la imaginación convierta a este pez en una cabalgadura, a menudo objeto de jarcias y jaeces. Patéticos seres, pero pretendidos simpáticos, simulan correrías y ejercicios hípicas en el fondo de los océanos. Sería imposible montar desnudo sobre una grupa cubierta de puntas hirientes.

En el absurdo de su imagen yace la razón de su nombre: caballito de mar, y es probable que así se explica la ruta, por la cual, el mar ha llegado a ser un espejo de nuestro mundo.

Pez de piedra

Envuelven a su piel las sombras, cúmulo de tiempos en olvido bajo el fondo del océano. Su masa flota anacrónica en un deambular que se ciñe al andar de un reloj descompuesto; días como siglos fundan eras que se acumulan impasibles ante el paso de la vida.

Así, el celacanto borra de la memoria las formas del pasado cuya piel se integra de arenas disipadas entre frías corrientes marinas. Quizá haya una añoranza de la luz, reminiscencia de un existir más cercano a la superficie del agua pero, oculto en los abismos, permanece como un pez con piel azul oscuro de piedra inalterable, semejante a los vidrios ígneos que arrojan los volcanes que alientan las apacibles jornadas de su existencia.

Entonces, el celacanto se desorienta y asciende desde las profundidades, ocasión en la cual nos permite verificar que, más allá de los mitos, aún perviven las criaturas primigenias poseedoras de pieles inimaginables.

Lágrimas del mar

Son lágrimas del mar, aguas vivas, aguas malas, transparentes, insinuación de misterios. Guardianas de los mares, gorgonas sobrevivientes que aún hoy provocan terror en los bañistas que asisten a su muerte y las observan, desde lejos, fundirse entre los minúsculos cantos rodados de las playas.

Para los inocentes, las medusas danzando en el mar son el espejismo de la belleza; de la caricia errónea nace el dolor, la petrificación del cuerpo: al igual que un beso en la boca, el elixir embriagador en la piel forma perlas desde el manantial de los ojos.

Más allá de las posibilidades humanas, las medusas transitan incólumes por los interminables senderos oceánicos. Lejos del dolor, se adormecen vencidas por las olas y confunden la piel con el cielo: el mar es su color, la luz del sol y de la luna transitan por su cuerpo de vidrio líquido.

Habitantes de la tierra

Bombilla incandescente encendida

Perezoso

De día la piel del perezoso es verde -En el fondo el sol, musgo extendido sobre tronco erguido-.

De noche, cuando la luna está llena, la piel del perezoso es verde -Luz pálida, denso dosel vegetal, pulido como jade-. Y cuando la luna mengua pierde el color -No hay reflejos de luz-. Entonces parece negro -Paisaje borrado con carboncillos-, un bulto oscuro que no se mueve ni con la fuerza del viento en las tormentas.

Mi piel

-Fondo sin color. La silueta del cuerpo ocupa la página en blanco-.

Es tan débil que el sol puede ampollarla, se reseca con el frío y con el calor; es un poco gruesa en los pies, tan delgada en los labios que al roce de un diente en el beso puede sangrar. En los días de verano, cuando adquiere el tono del oro, atrae al amor y a la suerte como en un hechizo de flores. Mi piel se humedece, mi piel se incendia, mi piel siente el dolor, con ella reconocí la forma de padre y madre, con ella me reconozco, con ella me puedo sentir.

Es inmensa, más que yo mismo, y si pudiera extenderla abarcaría en su superficie cientos de sensaciones indescriptibles. Mi piel espera la caricia, mi piel da el golpe. Mi piel soy yo.

Dodo

Los incrédulos dicen que ya no existe. Eso no es verdad. Cuando yo era niño lo vi en una enciclopedia británica: en el dibujo parecía una gallina gorda con plumas de colores pálidos, como inventado por alguien. Eso es cierto, el dodo es una creación malgache, viajera al mundo para satisfacer nuestra fantasía y la necesidad de la nostalgia encerradas en la urna de un museo inglés de historia natural.

Tras los cristales de la urna, el dodo es aún más triste que su legendaria lentitud desventajosa y las alas abandonan un poco más su función de utilidad.

La piel del dodo es casi inservible. No atrae, no oculta y sus alas no tienen el fin de volar o, en su defecto, hacerle nadar como un pingüino. El dodo ha hecho de su cuerpo una presa fácil para el exterminio porque tiene una razón muy poderosa, carece de enemigos.

Hormiga azucarada

Es muy pequeña, menor al tamaño de un grano de azúcar.

Alrededor del pomo, tanto en verano como invierno, se ve no una, sino un ejército de puntos que suben y bajan, que van y vienen danzando en la alacena.

La hormiga se mueve incesante, cargando siempre su dotación de miel sólida de caña. Por eso tengo la seguridad de que está viva, pero me cuesta trabajo creer que en tan minúscula extensión de piel cobriza pueda habitar un corazón.

La última raya del tigre

*“Pero sé claramente
que hay un inmenso tigre encerrado
en todo esto”*

Eduardo Lizalde

I

Una sombra dorada atraviesa la espesura.

II

La piel del tigre ¿es a rayas?

-Manchas largas amarillas y pardas, grises y negras-

Manchas sucediéndose en una larga fila, en una línea interminable que se pierde en la espesura del pastizal en este tiempo de estío.

III

-Rayas largas pardas y ocres, negras y rojas -.

Dicen, algunos piensan que la última raya del tigre está escondida entre la primera y la penúltima, muy cerca de sus ojos, próxima a la cola, a un lado de las patas traseras. Otros, sin confesarlo por considerar que se trata de una idea tonta, creen que esta última raya se oculta detrás de otra raya.

Cuando camina por la selva o por la pradera, las rayas del tigre se multiplican entre las sombras y ya no se puede ver ni la primera ni la penúltima: el paisaje se torna en una hilera interminable de rayas y el color del tigre se pierde en la espesura. Un tigre oculto como la luz en el cielo, guarda horas enteras la llegada de los pavos reales que abren sus abanicos de ojos, simulacro de cortejo, ante la contemplación fija de la muerte. Hay un zarpazo del viento, crujir de huesos triturados. Después, el tigre descansa en el silencio.

La piel del tigre ¿es a rayas?

Dubán El Sabio, un bengalí del siglo XII, hijo de Al-Majdi, descendiente de Al-Hadí, hermano de Al-Saffá, hijo a su vez de Mohamed, escribió en su Tratado de la naturaleza en los bordes de Singalila y los montes Sandakfú, que no eran rayas sino manchas alargadas terminadas en formas como vértices, y que su última raya es también la primera.

El Sabio, entre incomprensibles elucubraciones fantásticas (Dubán también era alquimista y concedía a las palabras un valor para que el entendimiento llegase a la iluminación), argumentó que lo primero es siempre un acercamiento inicial de los ojos y el último en ser olvidado... lo que siempre queda visible en la memoria.

Veneno en la piel

Una noche de lluvia, rayos y truenos, entró hasta la sala de la casa un heloderma negro. Su apariencia de lagarto en miniatura inundó de horror todo el espacio construido.

-¡Tiene veneno en la piel! -.

Todos corrimos al patio. Empapado hasta los huesos, pensé, ante la inmensurable noche, que aquel pobre animal del día estaría también paralizado por el miedo, que su piel sedienta de sol sufría ante la luz pálida tibia de las bombillas encendidas, y que lamentaría mucho haber tomado el camino equivocado que lo llevó hasta el ámbito en el que vive el hombre.

Nota.- Creo que hay una página perdida, anterior a ésta, donde se ilustra una bombilla incandescente encendida por una fuerza misteriosa.

Cordero

Al momento de trasquilar un cordero obtenemos un poco de lana y la tijera, tris tras deja expuesta la piel rosácea de un animal sagrado.

Ya en una manta, los vellos esponjosos nos visten de pureza llevando, de algún modo, encima de nosotros la inocencia.

Javier, que hace cruces de pasión, pinta al cordero con óleo de albayalde, un poco de azul cerúleo y trazas de magenta. Yo le digo que use un poco de siena tostado para que su apariencia no sea tan pura, ya que, probablemente en la piel del cordero exista también un poco de lobo escondido. Eso sería lo natural.

El Señor de la Noche

Después de la lluvia, los senderos son espejos de agua que descienden levitando; se azogan las superficies pulidas del pórvido donde el jaguar se asoma y refleja su piel de hojas de oro.

Larga fila de manchas, símil del tigre que marcha, pero aquí no existe una línea interminable que se pierde en la espesura.

Es la aurora del verde, orto del agua y clorofila pudriéndose bajo las pisadas del Señor de la Noche; sobre los músculos la piel del sol y las estrellas, es majestad del día, del agua, de la selva y del tiempo en que se lucha por la vida. El jaguar sale victorioso.

Paisaje de sombras

Nada indica en esa superficie llena de arrugas lo que el gran animal guarda dentro de su cabeza.

Con el abanicar de sus orejas, el elefante mantiene vivo y fresco su secreto cuando, bajo el sol de la llanura, su piel es volumen inmenso, sobre los granos de arena triturados por sus patas: el elefante es un paisaje de sombras protegiéndose de la incandescencia.

La rugosidad de su piel tiene un sentido práctico; es la forma con que cuida la masa viva y solemne de su bestialidad, la manera como guarnece el tesoro acumulado en años de registros inventariados cada vez que emprende y concluye las largas caminatas de rutina ancestral.

La piel del elefante es cofre blindado que defiende el pensamiento, es el corazón que se alerta ante un rostro conocido. A veces, la identificación provoca temor y libera precauciones aprendidas ante el acecho del peligro. En otras ocasiones, la imagen de aquel a quien no se ha visto en años produce un retorno del tiempo, y se está de nuevo junto al compañero de escuela estudiando ritos funerarios de una comunidad de elefantes vecina.

Viene entonces la alegría, el gozo dado por la amistad, y el elefante agradece su piel y su secreto: un cerebro con corazón de memoria prodigiosa.

Dragón rojo

El follaje de los árboles aparenta ser una red fina, filtra el gris que acompaña la entrada del día.

Sucede todas las mañanas de invierno y aún así, su cuerpo siempre reacciona igual: en principio una sensación de temor que intenta controlar con un paseo por los jardines casi en penumbra. El recorrido fluye de modo natural y la memoria guía cada paso, el orden cotidiano procura el paso libre por los senderos de gravilla.

Con el arrastre de las piedras se produce un rumor un tanto lejano, el primer eco de la vida sobre las sombras. Cuando el sol logra calentar su cuerpo, el pequeño dragón corona su cabeza con un resplandor de piel intensamente colorado que incendia de color las ramas de los árboles.

Habitantes del aire

Cristales de sal

A veces, el vuelo de la mosca que viene a comer a la casa, parece una concha de abulón que flota vibrante en el aire.

Quizá en la cubierta iridiscente de esta mosca se manifiesta la memoria viva de su origen marino, presente en algunos cristales de sal que se mantienen pegados a sus alas, a sus ojos, a sus patas y a la boca que chupa la miel ambarina de mi plato.

Alas teñidas

Robó de un caleidoscopio los cristales para ocultar su piel fea de lagartija con una cubierta de finas plumas rojas, verdes, azules y amarillas. Vestido así, el colibrí aletea levitando su cuerpo minúsculo.

Se asoma por la ventana. Choca su pico contra el cristal, el colibrí, chupamirto liba el néctar, ruboriza a la flor y opaca el brillo del cielo azul de verano. El colibrí no descansa, vuela.

Es probable que existan aves más hermosas que él, pero el plumaje del colibrí supera a cualquier otro porque en su vuelo logra fundir alas y cielo, porque si el colibrí llega hasta nuestros ojos el día se alegra y nuestra casa se llena de cristales teñidos.

Paramento de luces

Una minúscula luz brilla verde, azul, apenas roja, entre la sombra.

Es temprano. Por la ventana que da al este, los árboles de mango son superficies ocres. Antes de iluminarse, el día es más fresco que la noche y los fulgores viajan a las casas huyendo de una muerte helada.

Son cocuyos de piel ínfima, sensible al frío. Pese a que solemos pensar en luces que vuelan, se trata de insectos con alas capaces de vuelos autónomos. Es difícil explicar; entre las sombras se nos concede únicamente observar centelleos verdes, azules, rojos, al tiempo que el universo expande su ventura en estrellas ignoradas por el dominio del sol.

La certeza de su vida y de su piel está en la búsqueda de nuestro calor, aquel que abandonamos en el sofá luego de conversaciones nocturnas.

En el caso de los cocuyos, aún cuando no lo aceptemos, los brillos que vuelan son una piel de luces, se aproximan hacia nosotros para hacernos creer en los prodigios.

Armadura

Oculto la piel bajo una armadura hecha de huesos, sentido de protección que parece no bastarle.

El escarabajo esmalta sus láminas duras e impenetrables pensando, quizá, permanecerán por siempre en los pendientes de las mujeres de la selva. Del lóbulo horadado pende armadura tornasol.

Cuando vemos estas joyas enmarcar el rostro de las doncellas, estamos ante las ruinas de una fortaleza que fue incapaz de resistir el embate de la belleza.

Horadación del cocotero

Ayer, 16 de marzo, llovió en este país de primaveras secas.

En la cúspide, el carpintero horada el tronco de un cocotero muerto; tremores en la piel bajo el ritmo de las percusiones sucediéndose en ritmos interminables. La piel no descansa encubierta por mullidas plumas color ocre. Martillo y sierra es el pico, filos y bordes de metal en el ímpetu laboral labrando la madera para procurar un nido, una casa habitable.

¿Qué resguardará en ella?

No un abrigo del sol para su piel, sin duda, un acogedor rincón donde imperará el silencio, la piel dejará de vibrar y no se escuchará más el concierto de maderas golpeadas por el viento.

Polvo misántropo

Polvorosas, es la definición exacta. Sí, las polillas aletean frenéticas en las lunas crecientes y menguantes; dominio del polvo nocturno espolvoreado a pálidos rayos de luz, cortinajes de alientos cobrizos semejantes a las escorias del fuego.

La piel de las polillas se muda en fracciones, desgarres de cortezas que las han alimentado y ahora vuelven, por el viento, a fundirse con la tierra. En el trayecto, lo noctívago de sus costumbres nutre la imaginación de los espectros que añoran cálidos abrazos: el ansia del amor no logrado.

No se puede reconstruir el pasado, pero en los desechos de piel de las polillas, los corazones humanos guardan esperanzas para el reencuentro.

Velador de sueños

Rondar en los zoológicos por la noche, ya es posible. Al tiempo de encenderse las altas luminarias de las avenidas y calles, abren sus puertas las casas nocturnas.

El cansancio orienta los pasos a destinos insospechados, sin darme cuenta, estoy al amparo de animales noctámbulos. Me olvido entonces del agua y de la tierra, observo los grandes ojos, las pupilas dilatadas, los andares y los vuelos. Me detengo siempre ante el tecolote y su mirada se inserta en mi piel, la recorre al tiempo de levantar un vuelo que se estrella en la corta altura del encierro, sintiéndome igual de prisionero. El tecolote canta augurios, entona el lamento, discurre conjuros que susurra entre sus plumas y la piel, la que también me pertenece.

En esas noches, al volver a casa puedo dormir tranquilo, tengo la certeza de que el tecolote me aguarda en la vigilia de velar mis sueños.

Habitantes del sueño

Testimonio arqueológico

Al margen del texto escrito de arriba abajo y de derecha a izquierda, está la siguiente frase: “Piel de un animal extinto que copié de unas rocas grabadas, halladas medio ocultas entre la maleza del patio trasero de mi casa”.

El autor de la nota describe las formas de los textos. Relieve casi cuadrado, relieve un poco alargado, relieve largo largo, relieve largo corto relieve casi redondo, relieve corto ovalado, relieve corto corto, y relieve rectangular alargado.

Luego, después de pasar algunas páginas en blanco, agrega “todos tienen una secuencia de marcas formando cuadrados y triángulos encimados. La figura del cuerpo es casi un rectángulo con las esquinas redondeadas; las patas apenas si se notan... son semejantes a ruedas de molino pegadas”.

Guardián del arcoiris

Verdeazul. Rosamarillo. Cafévioleta. Ocreóxido. Platacobre. Ultramarsiena. Naranjablanco. Arenaolivo. Turquesalimón. Magentanegro. Violetablanca. Ororrojo. Celesteturquesa. Todos los colores se reúnen en la piel del guardián del arcoiris, que tiene la forma de un pato con apariencia de oso hormiguero y un cuerno de vidrio translúcido le asoma por la frente y su cola es la de un león.

No conozco a alguien que lo haya visto, pero todos dicen que vive en la cueva donde nace el arcoiris; dicen que es falso que exista allí una olla llena de monedas de oro. El equívoco es debido a la confusión que provoca tanto color en un solo cuerpo apreciado como un montón de metales brillantes por aquellos que están ciegos del corazón.

De algo sí estoy seguro, ha aparecido en mis sueños, cuando el arcoiris surge, el guardián corre sobre él como en un puente hecho con arcos de piedra; siempre de un extremo a otro, es la única manera que tiene de observarnos. Mandarinacobre. Coralazulprofundo. Caobanegro. Grishumo. Ultramarpaja. Tornasolmusgo. Tangorrosa. Limatierna. Blancostión.

Leviatán

Nada. Un animal irreal, delirio de la gente que no ama. Es la bestia, la que carece de piel, la que no tiene forma. Es inexistente, sólo es el miedo, la soledad y el engaño.

Leviatán es un nombre, aunque pudiese tener muchos otros. Ninguno dice nada, ninguno describe nada. Al carecer de forma, la bestia no es entendida por el pensamiento, no la pueden ver los ojos ni sentir el corazón.

Reconstrucción de un reptil millonario

Las plumas ¿azules o rojas? ¿Tenía cresta de gallo holandés? ¿Tenía cresta de gallo francés?

Cómo imaginarlo si tenemos apenas la impresión fósil de su piel en una desmoronable, frágil, deleznable, piedra caliza entre las húmedas montañas de la sierra de la Veinte Casas (quizá veintiuna). Y no quiero pensar en sus garras, ni en su hocico pese a escuchar -Era vegetariano- de la voz contundente del científico.

En la laja extensa, casi arcilla, están los rastros de lo que se dice eran sus plumas. Pero el gran reptil *iconocerus arboriculubivarius*, probablemente anfibio, carecía de alas y estaba imposibilitado para levantar el vuelo... ¡al menos! Lo digo pensando en una gran mandíbula que podía venir desde el aire, trasladada por el viento, con una cola que tal vez también tenía escamas con filos en lugar de plumas.

Al observar sus ruinas prefiero imaginarlo hermoso y dulce, con una gran larga pluma en su cola para abanicarse en abril y mayo, con un remolino sedoso en su cresta, tal vez como de cacatúa australiana, de pico corto, redondeado y sonriente. Y verde, todo el cuerpo cubierto de verdes plumas para perderse entre el color de los montes y así, yo, si fuese un helecho arborescente, dormiría tranquilo escondido en una de las veinte casas.

El animal que sueñas

Sueñas.

Yo, en este libro de antes.

Tiene el pelaje más suave que tú imaginas, como si fuera de seda, como si fuera algodón egipcio.

Esa caricia epidérmica, en espera de una mano que la toque, sirve a su vez para soñar con la piel más hermosa, la que cubre tus ojos cuando duermes, la que protege a tus pies del frío o de los guijarros que pisas. Si te cobijas con ella puedes volar y enseña tanto como los libros y aún más que el colegio.

Para que nadie que tú no quieras lo conozca, resulta eficaz esconderlo bajo la almohada, pero es mejor llevarlo siempre contigo ya que, a veces, uno encuentra a alguien con quien compartir el secreto de su existencia y su suave, cálida piel.

(Continúa en la página siguiente)

Espacio para imaginar el animal que sueñas.

Razones por las que la piel de los unicornios es blanca

Los pintores lo han iluminado con los colores de los caballos de Occidente. Los artesanos latinos crean de él una alegre figura polícroma. Malva asegura que todos los unicornios son blancos, esto se lo dijo su abuela, lo escuchó de un ángel seráfico- Un ángel mensajero nunca se equivoca.

El blanco es justificable; si muelas con un mortero de prismas de obsidiana la piel de los unicornios muertos tendrás ante tus ojos fragmentos de luz amarillos, azules y magentas.

Malva dice que con un poco de ese polvo cromático las mujeres se embellecen para siempre, y que es gracias al prodigio del blanco que los unicornios pueden volar, llegar de día o de noche hasta nuestros sueños.

Nota. en la página siguiente hay alas que hienden el aire

Serpiente de agua

Gran chorro de agua horizontal moviéndose en el aire.

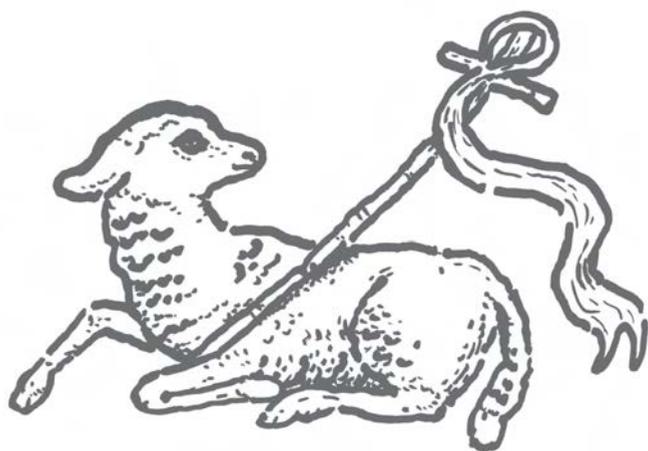
Cuando les conté del día en que la serpiente de agua voló hasta el cerro de San Lorenzo, que surgió de la nada entre las Montañas del Norte y vino por los aires a posarse en las laderas desnudas y rojas, Elva dijo –Eso no es cierto.

Don Laco comentó –Yo la he visto sobrevolar los bosques de La Zacualpa, con rumbo al Mar del Golfo.

Ese día Javier, dudó al oírme decir que la piel de la serpiente de agua es transparente, que se puede ver gracias al polvo que levanta mientras vuela y a las hojas arrancadas de la selva y de los bosques.

Tiene que ser así por su naturaleza acuosa y antigua, porque en el tiempo anterior, cuando ella fue creada, lo translúcido era un color apreciado.

Todos estuvimos de acuerdo en algo: si se puede imaginar, existe.



Rectoría

Ing. Roberto Domínguez Castellanos
RECTOR

Dr. Rodolfo Calvo Fonseca
SECRETARIO GENERAL

C.P. Miriam Matilde Solís Domínguez
AUDITORA GENERAL

Lic. Adolfo Guerra Talayero
ABOGADO GENERAL

Mtro. Pascual Ramos García
DIRECTOR DE PLANEACIÓN

Mtro. Florentino Pérez Pérez
SECRETARIO ACADÉMICO

Lic. Roberto Ramos Maza
DIRECTOR DE EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

Dra. Adelina Schlié Guzmán
DIRECTORA DE INVESTIGACIÓN Y POSGRADO

Lic. Ricardo Cruz González
DIRECTOR DE ADMINISTRACIÓN

L.R.P. Aurora Evangelina Serrano Roblero
DIRECTORA DE SERVICIOS ESCOLARES

Mtra. Brenda María Villarreal Antelo
DIRECTORA DE TECNOLOGÍAS DE INFORMACIÓN Y COMUNICACIONES

Lic. Noé Fernando Gutiérrez González
DIRECTOR DEL CENTRO UNIVERSITARIO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN

Dependencias de Educación Superior

Dr. Alain Basail Rodríguez
DIRECTOR DEL CENTRO DE ESTUDIOS SUPERIORES DE MÉ-
XICO Y CENTROAMÉRICA (CESMECA)

Antrop. Julio Alberto Pimentel Tort
DIRECTOR ENCARGADO DE LA FACULTAD DE ARTES

L. G. Tlayuhua Rodríguez García
DIRECTORA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS DE LA NUTRICIÓN Y ALIMENTOS

Dr. Ernesto Velázquez Velázquez
DIRECTOR DEL INSTITUTO DE CIENCIAS BIOLÓGICAS

Mtro. Alberto Ballinas Solís
DIRECTOR DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ODONTOLÓGICAS Y SALUD PÚBLICA

Mtro. Martín de Jesús Ovalle Sosa
DIRECTOR DE LA FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES

Dr. José Armando Velasco Herrera
DIRECTOR DE LA FACULTAD DE INGENIERÍA

Dra. Silvia Guadalupe Ramos Hernández
DIRECTORA DEL CENTRO DE INVESTIGACIÓN EN GESTIÓN DE RIESGOS Y CAMBIO CLIMÁTICO

Mtro. Jesús Manuel Grajales Romero
DIRECTOR DE LA ESCUELA DE CIENCIAS ADMINISTRATIVAS

Mtro. Rafael Araujo González
DIRECTOR ENCARGADO DE LA FACULTAD DE HUMANIDADES

Lic. Jorge Luis Taveras Ureña
COORDINADOR DEL CENTRO DE LENGUAS



Piel de bestia

Se terminó de imprimir en el mes de junio de 2014, con un tiraje de 500 ejemplares, en los talleres de Ediciones de la Noche, Madero núm. 687, 44100, Guadalajara, Jalisco. Teléfono: 33-3825-1301. El diseño tipográfico estuvo a cargo de Noé Zenteno Ocampo, y el cuidado de la edición de la Oficina Editorial de la UNICACH, durante el rectorado del Ing. Roberto Domínguez Castellanos.



¿Cómo es la piel de las bestias? ¿Cómo la imaginamos? En *Piel de bestia*, Julio Alberto Pimentel Tort nos presenta su peculiar visión de la epidermis bestial y lo hace con una propuesta literaria que no necesariamente se considera en alguno de los subgéneros de la poética tradicional.

La selección de los seres reinventados la realiza a partir de considerar los hábitats de los mismos y la relación que existe de éstos con los elementos de la naturaleza. Una de las peculiaridades de esta propuesta radica en que el autor dedica el último apartado a los habitantes del sueño y no del fuego, aunque cabe considerar que ambos elementos tienen mucho en común.

Con la inclusión del sueño como un posible ambiente para las bestias, Pimentel nos invita a imaginar, fantasear e interactuar con su obra, avivando con ello el acto performativo que involucra al lector-espectador de una manera más activa en la apreciación de la misma.



ISBN: 978-607-8240-75-3



9 786078 240753